

SERMON

DE SAN ILDEFONSO, ARZOBISPO DE TOLEDO. (1)

*Omnes isti in generationibus gentis
suae gloriam adepti sunt.... qui de illis
nati sunt, reliquerunt nomen narrandi
laudes eorum.*

Todos estos alcanzaron gloria en las edades de su nación..... los que de ellos nacieron, dejaron nombre para celebrar sus alabanzas.

(Eccl., c. XLIV, v. 8. y 9.)

Los grandes hombres tienen derecho, durante su vida, á la admiración de sus contemporáneos; en la muerte á sus lágrimas, y á los homenajes de la gratitud en la posteridad. Y esto siempre, aun cuando hayan nacido lejos de nosotros, aun cuando no los hayamos conocido, aun cuando al parecer no hayan influido sobre nosotros. Nace este derecho de esa gloria, que semejantes hombres derraman sobre la humanidad entera supliendo la insuficiencia ó medianía de otros hombres, rodeándolos á todos de refulgentes resplandores.

(1) Nuestro querido amigo y paisano el Presbítero D. José Joaquín Montalbán Ramos, Licenciado en ambos Derechos y en Filosofía y Letras, se ha dignado honrar nuestra humilde publicación, con este magnífico Discurso histórico panegírico pronunciado en la Iglesia de Monserrat el día 30 de Enero de 1884, en la función religiosa consagrada por el Cuerpo Colegiado de Caballeros Hijos-dalgo de la Nobleza de Madrid, á su insigne y glorioso Patrono San Ildefonso, Arzobispo de Toledo.

Empero, si nacidos en nuestra patria, si en este nuestro mismo suelo han ilustrado á la religión con sus virtudes, á la nación con sus talentos, y han ejercido una poderosa influencia en el progresivo desarrollo de nuestra sociedad; entonces este derecho viene á convertirse en un culto público, solemne, con que los pueblos immortalizan sus gloriosos hechos, dignos, por cierto, de remembranza eterna. Y este culto tan simpático, que, inspirado por la naturaleza misma, practican los pueblos todos, en el crepúsculo como en el apogeo de su civilización, lo mismo las hordas errantes por los bosques, que la sabia Atenas y la culta Roma, en la religión recibe el sello purificante de la sanción divina. Abraham, Moisés, Aarón, Josué, Samuel, David, reyes, jueces, profetas, caudillos ilustres del pueblo hebreo, ensalzados se ven con inspirados acentos en el libro del Eclesiástico. Y la religión, haciendo suyas las palabras con que el Espíritu Santo comienza la serie de aquellos bellisimos panegíricos, *laudemus viros gloriosos*, abre gozosa las puertas del santuario, y complácese en que desde la cátedra de la verdad se extiendan, resonando por las sagradas bóvedas, los acentos de sus ministros, que, enardecidos por el fuego santo del entusiasmo religioso y sentimiento patrio, exciten en los corazones del pueblo reunido el amor y veneración á su memoria, publicando sus virtudes y altos hechos, dignos de pasar, como reliquia santa, á las generaciones venideras.

Ved ahí, Excmos. Señores, el pedestal glorioso, sobre que vemos levantarse gigante, y lucir con rayos de imperecedero resplandor, y arrancar de nuestros pechos espontáneos testimonios de gratitud y de veneración, la noble y grandiosa figura del ilustre y santo Arzobispo de Toledo Ildefonso, á quien en este día ofrece, amorosamente rendido, sus homenajes el Cuerpo Colegiado de Caballeros Hijos-dalgo de la Nobleza de Madrid.

No vengo á hacer únicamente el elogio de este héroe de la religión y de la patria, que alcanzó gloria en las edades de su nación: vengo á presentárosle como *Padre y Patrono de este*

mismo Cuerpo, cuyos hijos dejaron un tan envidiable nombre, que bien podemos enlazar los laureles de éstos con los del ínclito siervo y favorecido Capellán de la excelsa Reina de los cielos. Omnes isti in generationibus gentis.....

Tal es, Señores Excmos, el pensamiento que he de tener la honra de desarrollar, confiando en vuestra benévola indulgencia de Caballeros, y más aún en los auxilios divinos, interesando al propio tiempo la protección, siempre de gran valer, de la dulcísima Virgen María, á la cual afectuosos dirigiremos estas hermosas palabras:

AVE MARIA.

¡Patria! ¡Qué palabra tan dulce, Excmos. Señores! ¡Qué sentimientos tan simpáticos los que ella engendra! ¡Cómo goza el humano corazón con las tiernas emociones que produce!.... ¡Patria mía, madre cariñosa, que nos acaricias con los tiernos besos de tus purísimas glorias! ¡Patria mía, templo majestuoso donde se reconcentran y encierran, como en corazón virginal, nuestras más caras y hermosas afecciones! ¡Patria mía, sepulcro venerando, donde reposan seres queridos, adorados nombres! ¡Patria mía, lazo de unión entre los pueblos, como los pueblos unen las familias, como las familias hermanan los individuos! ¡Patria mía, cielo bellissimo, sol resplandeciente, yo te saludo, yo te amo, yo te venero! ¡Yo me glorío de ser hijo tuyo! ¡Tus triunfos son míos, mías tus lágrimas! ¡Tus grandezas me enorgullecen, tus pesares me abaten! ¡Tuyo soy, tuyo seré siempre; y tus cariños, puros y santos como los de mi bendita madre, yo sabré recompensarlos: que ellos animarán más y más mi corazón á ensalzar tu glorioso nombre y á esclarecer tus inmarcesibles laureles!

Pero quien dice *patria*, no dice precisamente el suelo material, que pisamos, ni los hogares domésticos, ni los templos de nuestro culto, sino las leyes, las tradiciones, las instituciones, la propiedad, la independencía, la libertad y la historia.

Que aunque la religión nos enseña que nuestra verdadera patria es el cielo, también nos enseña que á ella debemos llegar, purificándonos antes en la patria de la tierra; lo cual no sólo no impide, antes bien prescribe y ordena, los sagrados deberes de ciudadano.

Por eso en toda alma bien nacida, en todo corazón generoso hay un amor, grande, dulcísimo, sublime, que es capaz de llegar, y realmente llega hasta el heroísmo: *el amor á la patria*. Este amor forma la corona magnífica de los que, muertos por ella, viven inmortales en las generaciones de la posteridad: este amor santo graba en las tablas del corazón, mejor que en los mármoles y bronce, las epopeyas de pueblos heroicos: «*Pasajero, ve á Esparta, y di que aquí hemos muerto, por obedecer sus santas leyes*»: este amor es el que forma de la humilde labradora de Domremy la heroína *Juana de Arco*; este amor ardiente es el que hace de Sagunto el *terror* de Cartago, y de Numancia el *terror* del Imperio.

Y cuando este sentimiento es alimentado por el sentimiento religioso, cuando entrambos á dos en lazo estrecho ocupan el corazón del hombre y le penetran y dominan, entonces la patria se levanta orgullosa, apoyada y sostenida por esos grandes genios, y con la trompeta de la fama lanza al aire, y el aire repite, los nombres de sus hijos santificados con tan nobles aspiraciones, y vibrando con fuerza superior hace lleguen hasta nosotros el del Santo Arzobispo de Toledo y el de los Caballeros Hijos-dalgo de Madrid.

¡Ildefonso! ¿Quién ignora los admirables hechos de su prodigiosa vida? ¿Quién desconoce la gloria que alcanzó en las edades de su nación?

Fruto ansiado de bendición, nacido en la imperial Toledo en 608, discípulo aprovechado de aquella lumbrera insigne de ciencia, y de aquel portento de santidad, Isidoro de Sevilla, monje austero en el monasterio Agaliense, Abad en el mismo, y modelo de perfección religiosa, en vano es que por su profunda humildad resista á aceptar la Primada de las Españas,

con que es investido por el monarca Recesvinto. Y cuando colocado en el candelero difunde rayos de luz, como sol brillante en medio de su carrera, ó como la luna en toda su plenitud, él fué el alma de los Concilios octavo, noveno, y décimo toledanos, y valiente y gallardo defensor de la pureza y virginidad de la inmaculada Madre de Dios, que por él vive María, María, que le rodea de celestiales resplandores, y le adorna con sagrada vestidura, trabajada con divinos tesoros, y le premia acompañando su hermosa alma á la patria eterna de bienandanza suprema; alcanzando de este modo perdurable gloria en las edades todas de la española nación, y mereciendo que los pueblos celebren su sabiduría, y la iglesia cante sus justas alabanzas.

Varón misericordioso, cuyas piedades nunca faltarán, cuya posteridad conservará tantos bienes de justicia, sabiduría y santidad, cuyos nietos son heredad santa, manteniéndose siempre en perfectas alianzas; cuyos hijos por amor á él, permanecen constantes, y cuya gloriosa estirpe no será jamás puesta en olvido, Ildefonso aparece después apadrinando la nobleza madrileña, la verdadera nobleza, que arrancando del santo principio de la virtud, *ex virtute nobilitas*, ha dejado nombre tan famoso, que al cabo de ocho centurias aún levanta de nuestros hidalgos pechos espontáneos testimonios de veneración y de entusiasmo: *qui de illis nati sunt*.....

¡Y cuán hermosa, en verdad, aparece esta casta generación!..... inmortal es su memoria, conocida es delante de Dios, que no la olvidará, para premiarla, y delante de los hombres, que la admirarán y aplaudirán! ¡Repasadla, ilustres Caballeros!

Gracián Ramírez, tronco fuertísimo de la familia de *Bornos* y de *Rivas*, fundador de la entonces ermita, hoy basílica de Atocha, el primero que disputó á los sarracenos la posesión de

Madrid, castillo famoso,
Que al rey moro alivia el miedo:

Alvarez, conocido por el sobrenombre de Gato, con que le calificaron los soldados, asombrados de su arrojo y destreza al escalar los muros de la pequeña villa del Manzanares, sin otro auxilio que su daga, introducida en las piedras, cuando Alfonso VI la tomó por asalto en 1083, cuyos muros y torres fueron glorioso teatro del más heróico valor, desplegado por los caballeros castellanos, que regaron con su sangre esta tierra en que iban á fundar las casas solares de sus nobles descendientes; apodo glorioso que dió origen al dicho vulgar «los gatos de Madrid», aplicado por antonomasia á los que hemos tenido la dicha de nacer en este bendito suelo: *Vargas*, cuyas armas, rotas por los rudos golpes que su esforzado brazo descargara, hubieron de ser sustituidas por grueso tronco de olivo, tosca maza improvisada, con la que machacó tantas cabezas de moros en el campo de Tablada, que mereció ser saludado por su general con el nombre de *Vargas Machuca*: *Vera*, *Merlo*, *Quintana*, *Rivadeneira*, *Enriquez*, *Gudiel*, *Ruiz de los Otoes*; los *Coallas*, *Luzones* y *Lujanes*; los *Lasos*, los *Ocañas*, *Alarcones* y *Castillas*; los *Coellos*, *Bozmedianos*, *Barrionuevos*, *Ayalas*, y *Carbajales*; los *Cárdenas*, *Arias Dávila*, *Madrid*, *Xibaja*, *Ludeñas*, *Herrereras*, *Zapatas* y *Cisneros*; los *Zúñigas*, *Portocarreros*, *Oviedos*, *Contreras* y *Pimenteles*, y cien y cien otros más, nombres son que recuerdan el escudo de *Alfonso el Bravo*, y los famosos jinetes, cuyas lanzas fueron el terror de huestes agarenas en las conquistas de Toledo y de Cuenca, en la heróica batalla de las Navas, en la que el grande, el magnánimo Alfonso VIII, que, según testigos presenciales, «nin mudó en la color, nin en la fable, nin en el continente, é antes estuvo siempre mui sin miedo, como si fuese un león, presto para morir en toda guisa», prorrumpió en grandes voces, diciendo al arzobispo de Toledo, D. Rodrigo: «*Arzobispo, yo é vos aquí muramos*»; respondiendo éste: «*non quiera Dios que aquí murades*»; é fueron aprisa a acorrer los de la primera haz, que estaban en grande afincamiento» cuya victoria fué coronada con la terrible

pirámide que formaron los doscientos mil moros, que allí al morder el polvo, *venciste*, cristiano, *venciste*, dijeron; y en los sitios de Córdoba y Sevilla, en la batalla del Salado y en la toma de Algeciras. Nombres que resonaron después en Alhama, caída en poder de aquella terrible compañía de *Escaladores*, que capitaneaba el veterano madrileño *Juan Ortega de Prado*; hecho de armas tan importante, que obligó al Rey Chico á exclamar, con enturbiada vista y entrecortado suspiro, desde el balcón de su palacio: «¡Ay de mi Alhama!» cuya conquista derrumbó las murallas de Alhabar, Cambil, Loja, Vélez é Illo-
ra, oyendo, por fin, Málaga el estruendo de aquellas formidables lombardas, que hábilmente dirigidas por *Francisco Ramírez*, noble hijo de Madrid, general de artillería é ingenieros, arrojaban sobre la plaza torrentes de fuego, mientras que el Gibralfaro era hostilizado por la armada, y que más tarde pusieron á Granada en manos de D. Fernando y de Doña Isabel. Nombres inmortales, que simbolizan proezas, no sólo de valor, sino también de fidelidad é hidalguía con que defendieron á Doña Berenguela, de los Laras; á Doña María de Molina, en Mayorga; á la Católica Isabel en la sangrienta lucha, que devolvió á su obediencia el alcázar de Madrid. Que si leal ha sido en todos tiempos á sus monarcas la Nobleza madrileña, cuya limpia historia no mancha rebelión alguna, con especial adhesión se ha distinguido hacia Reinas llamadas á inaugurar épocas de gloria nacional, Doña Berenguela, dando á España un Fernando III, Santo; Doña María de Molina, á su nieto Alfonso XI; Isabel la Católica, dándose á sí misma; y,—¿por qué no decirlo?—á Isabel II, entregándonos al duodécimo de los ilustres Alfonsos.

Mas los Nobles Hijos de Madrid, que así vertieron generosos su sangre por valor en el campo del deber, debían verterla, aún más denodados, por amor, por caridad, en defensa del sentimiento religioso: ved ahí, Excmos. Señores, por qué en sus anales ocupan puesto muy distinguido los insignes mártires de la fe, Martín de Vargas, alcaide del Peñón de Argel, horro-

samente sacrificado, por el inhumano Barbarroja, en 1621; Diego Vallejo, envenenado en el inhospitalario Tetuín; Laureano Ibáñez de Castro, asaeteado en el Perú; Sebastián Montañón de Medina, en Méjico; Pedro de Torres Miranda, en Argel; Francisco Morales, en el Japón, y ahorcado en Mindanao, Fr. Juan de San Nicolás, en el siglo el famoso López de Nájera y Leiva. *Omnes isti in generationibus gentis.....*

Imitadores asimismo de su glorioso patrono Ildefonso, que oye la voz de Dios, y olvida su pueblo y la casa de sus padres, y esconde toda la gloria de su hermosa alma en el monasterio Agaliense, admiramos los nombres venerables de Juan de la Asunción, Lorenzo de Ventimilla, Juan Velasco, Melchor de Vera, y Miguel de Orenes, que vistiendo en los claustros la cogulla del Agustino, el escapulario del Dominicó, la librea del Redentor, ó la humilde sotana del Jesuíta, fueron ornamento y lustre de San Agustín y Santo Domingo, de San Pedro Nolasco y del Santo héroe de Loyola. *Omnes isti.....*

Y como Ildefonso es el sacerdote grande, que cual otro Simón en sus días, con su virtud reparó la casa del Señor, y con su ciencia fortificó el templo de la verdad, así también los Nobles madrileños levantaron templos al Rey de los Reyes, y de sus palacios construyeron asilos para la virtud, albergue para la inocencia, refugio para el arrepentimiento, y hospital para todas necesidades: y la caritativa hospedería y convento de Atocha por García de Loaisa, primado de las Españas, y Juan Hurtado de Mendoza; el hospital de la Latina, de Beatriz de Galindo; y el derruido templo de San Miguel, en cuya construcción gastó sus riquezas la antigua y opulenta familia de los Otoes; el grandioso convento de San Francisco, panteón de familia de los Vargas, Ramírez, Cárdenas y Lujanes; el monasterio de las Vallecas, de Pedro Zapata; la Concepción Francisca y la Concepción Jerónima, de la misma Beatriz; San Bernardino, de Gárnica y su esposa; el Noviciado de la Compañía, de Ana Félix de Guzmán; San Antonio del Prado, mausoleo construído por el Duque de Lerma para depositar los restos ve-